B. MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¿QUÉ ES LA VIDA INTERIOR?

Síntesis del libro "El alma de todo apostolado"

Sin Mí no podéis hacer nada (Jn. 15,5)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN 84-7770-490-2
Depósito Legal ZA 35, 2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Tel. 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

PRESENTACIÓN

Después de haber leído el libro: "EL ALMA DE TODO APOSTOLADO" del abad Don J. B. Chautard, cisterciense, por parecerme muy interesante, me ha movido a hacer de él una síntesis, al igual que la hiciera del libro: ESTA VIDA NO ES LA VIDA de Mons. Gaume.

El presente libro encierra, por tanto, el contenido esencial de dicho libro con pequeñas adiciones y variantes, por creer que puede contribuir a la formación sólida y profundamente cristiana de todas las almas, especialmente de cuantos se dedican a obras de apostolado.

Interesa, pues, saber qué entendemos por vida interior, fundamento para que toda obra de celo sea fructífera.

Remito a mis lectores al índice del libro para que puedan ver, de un modo general, los temas que van expuestos en él, y para que sin alargar este prólogo, puedan darse una idea del contenido del mismo y de su importancia.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 10 de enero 2000

LA VIDA INTERIOR

La obra de Jesucristo

Según se nos revela en la Sagrada Escritura, Dios es el Creador del mundo y del hombre, y a éste "*le dio un número contado de días, y le dio ojos, oídos y lengua... para que viera la grandeza de sus obras y por ellas alabara su santo Nombre... y les dijo: Guardaos de toda iniquidad*" (Eclo. 17,3 ss).

Pero a los hombres, debido al pecado original y a sus pecados personales, Dios, movido de su bondad, les mandó a su Hijo para que los salvara: "*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crea en Él no se pierda, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él*" (Jn. 3, 16-17), y el Evangelio nos lo presenta como Redentor sembrando por doquiera los tesoros de un corazón, ávido de atraer a los hombres a la verdad y a la vida.

A este fin, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, al venir a la tierra, eligió apóstoles por medio de los cuales fundó su Iglesia a la que le comunicó la llama del apostolado, pues a sus apóstoles y sucesores les dio la misión de salvar a los

hombres, y así les dijo: "*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. Quien creyere y fuere bautizado, se salvará; más quien no creyere se condenará*" (Mc. 16, 15-16).

Como sabemos, por la misma Escritura, Jesucristo *vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,15), y nos dice: "*Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante*" (Jn. 10,10). Esta vida, que da a todos es la vida de la gracia, origen de la vida interior, vida de la que está necesitado el mundo, que va hoy a la deriva, y los portadores y transmisores de esta gracia son hombres imitadores de Jesucristo, la que han de comunicar a otros mediante la oración, la predicación, los sacramentos y todas las demás obras relacionadas con ellos.

Lección fundamental de Jesucristo

Una de las lecciones fundamentales, dadas por Jesucristo a los apóstoles, y que también tenemos consignada en el Evangelio, es la enseñanza de que Él es la Vida: "*Yo soy la Vida*" (Jn. 14,6). "*Vine para que ellos tengan vida*" (Jn. 10,10) "*En Él estaba la Vida*" (Jn. 1,14). ¡Cuánta precisión hay en estas palabras! ¡Cuánta luz en la parábola de la vid y de los sarmientos, en la que expone el divino Maestro esta verdad!

Al ser sólo Jesús la Vida, síguese que para participar de ella y poderla comunicar a los demás, debemos estar injertados en el Hombre Dios. Jesucristo, pues, es la Vida por esencia, la Fuente única de esta vida divina, de la cual participamos todos, y la vida de la gracia que de Él recibimos es la que nos dignifica y eleva haciéndonos hijos de Dios.

Dios, en su bondad, hubiera podido aplicar su virtud y obrar inmediatamente sobre las almas como lo hace en la Eucaristía; pero ha preferido escoger cooperadores, ministros suyos, para la dispensación de sus gracias y beneficios. Su Iglesia es la que va perpetuando, mediante el ministerio apostólico, la acción bienhechora y redentora del Hombre-Dios.

Los hombres que han sido llamados al honor de colaborar con el Salvador para transmitir a las almas la vida divina, deben considerarse como modestos canales que toman sus aguas de esta única fuente.

El hombre apostólico que descuidase estos principios y creyera poder producir el menor vestigio de vida sobrenatural sin tomarlo totalmente de Jesús, daría lugar a pensar que su ignorancia teológica corre parejas con su necia suficiencia.

Herejía de la caridad

Esta expresión "herejía de la caridad" es del cardenal Mermillod, que la dijo con motivo de los que se conducían en el trabajo de las obras apostólicas como si Jesús no fuese el único principio de la vida, y solamente esperasen de su actividad personal y de sus talentos el buen suceso de su apostolado.

¡Herejía de la caridad! No es un caso raro el que una actividad febril tome el lugar de la acción divina, el que la gracia sea desatendida y el orgullo del hombre pretenda destronar a Jesús, y el que la vida sobrenatural, el poder de la oración y la economía de la Redención sean relegados, al menos en la práctica, a la categoría de abstracciones es un caso este, digo, bastante frecuente, según se desprende del estudio de las almas de este siglo de naturalismo, en que el hombre juzga según las apariencias y trabaja como si el resultado de una obra de celo dependiera principalmente de su ingeniosa organización.

El verdadero apóstol no puede abrigar la pretensión de hacer caso omiso de Dios en su trabajo de comunicar a las almas aunque no fuera más que el mínimo grado de la vida divina. Esto sería un desorden, y también sería orgulloso el que quisiera

dar la vida sobrenatural, producir la fe, hacer cesar el pecado, llevar las almas a la virtud por solas sus fuerzas y sin atribuir dichos efectos a la acción directa, constante, universal y exuberante de la sangre divina, precio, razón de ser y medio de toda gracia y de toda la vida espiritual.

Es un deber de Dios para con la Humanidad de su Hijo el confundir a esos falsos cristos paralizando sus obras de orgullo, o no permitiendo que produzcan otra cosa que un efímero espejismo.

El que se apoye en sus propias fuerzas es un falso predicador. ¡Cuántas reuniones hay de jóvenes entregados al deporte, al fútbol u otras diversiones, y si observamos después, cuántos de ellos no van a misa, ni frecuentan los sacramentos! ¿A qué es debido esto? Sin duda a que faltan predicadores verdaderamente apostólicos. "*Sin Mí, dice Jesucristo, nada podéis hacer*" (Jn. 15,5). Hay mucha falta de vida interior.

¿Qué es la vida interior?

La vida interior es la vida sobrenatural, vida del que vive conforme con las luces del Evangelio y los ejemplos de Nuestro Señor. Esta vida, inaugurada en el Bautismo por el estado de gracia, perfeccionada por la Confirmación, recuperada por la Penitencia,

sostenida y enriquecida por la Eucaristía, debe ser nuestra vida cristiana. Por esta vida, Jesucristo nos comunica su Espíritu, que nos impulsa a pensar, juzgar, amar, a trabajar y a sufrir con Él, por Él y como Él.

El ideal es hacer que Jesucristo viva en mí, como nos dice el apóstol: "*No soy yo quien vive, sino Cristo Jesús es quien vive en mí*". "*El que vive en Mí y Yo en él, éste produce fruto en abundancia*" (Jn. 15,5). "*Para mí el vivir es Cristo*" (Fil. 1,21). Para San Pablo, Cristo es el centro de su vida. Y al igual, que nosotros decimos: Mi vida es el trabajo, mi vida es la oración, así él dice que su vida es Cristo. Sin Cristo no tendría para él valor alguno.

El que vive en pecado y no se acerca a los sacramentos, vive como pagano. El que recibe la vida de gracia debe procurar que haya en él en aumento por actos meritorios de trabajo, de virtud, de sufrimiento bien llevado y especialmente por los sacramentos.

Lo que se opone a la vida de gracia o vida interior son las pasiones, las tentaciones, el pecado y hay que oponerse a él con firme voluntad pidiendo los auxilios de Dios, y actuarse mucho en su presencia pensando que mis esfuerzos valen poco. Por eso nos dice Jesucristo: "*Sin Mí nada podéis hacer*" (Jn. 15,5).

Hay que guardar el corazón, "*De él procede la vida*" (Prov. 4,23). A ejemplo de Jesús hacer en todo la voluntad de Dios. En esto está la santidad, o sea, en conformar nuestra voluntad con la suya, que se nos manifiesta en sus mandamientos. Además Jesucristo "*no trató de complacerse a sí mismo*", (Rom. 15,3), y tenemos que aprender a seguirle por el camino de la cruz y de los vencimientos para oponernos a toda clase de pecados. A este fin, ponernos en comunicación con Él por medio de la oración... Trabajar por Él, haciendo todo a mayor gloria de Dios...

Contra el desasimiento de ánimo y la tibieza, hay que armarnos del temor de Dios con las meditaciones de las verdades eternas y de su Pasión... Trabajemos bajo la mirada de Dios... Cuando vemos que muchos fracasan es, sin duda porque faltan hombres de vida interior.

Hoy, por desgracia, vemos que la vida interior, vida de gracia es por muchos despreciada y a veces ridiculizada... Los que no van a misa, se excusan diciendo que los que van a misa son los peores... Y, como la vida interior dimana de la Eucaristía, los que no se acercan a ella no podrán llevarla...

Desconocimiento de la vida interior

El mundo centra su interés en los bienes de la tierra y en los placeres de la vida presente, y los que se centran en ellos, si no tienen ruptura abierta con Dios, al menos al lado de Dios ponen otros bienes que no son los espirituales, los cuales vienen terminando por sofocar la semilla de la palabra de Dios. Y ¿qué vida interior puede haber en los que aman más al mundo que a Dios?

Meditemos detenidamente en la contestación que dio un misionero inglés a un multimillonario americano. Este invitó al misionero a comer. Durante la comida el teléfono llamaba continuamente, y el dueño de la casa aun comiendo, seguía con sus negocios.

–¿Ve usted, reverendo padre? Aquí, en América, no se pierde nada de tiempo, estamos comiendo y seguimos trabajando.

–Tiempo... realmente, lo que es tiempo no se pierde –contestó el misionero–, pero lo importante es que no se pierda la eternidad.

Hoy si bien lo examinamos, la mayor parte de los hombres, entregados de lleno a sus negocios y empresas, no piensan en el gran negocio de la salvación, trabajan más para el tiempo que tiene para todos los mortales su término y no trabajan para la

eternidad. Viven vida exterior, vida de sentidos, no piensan y por eso no conocen el valor de las cosas perdurables y eternas. Para ellos la vida interior es algo ocioso y pérdida de tiempo y vienen a desdeñarla, y hasta la tienen tanta más repugnancia cuanto que ella sola es el remedio de la enfermedad que padecen.

Objeciones contra la vida interior: 1º Que es ociosa

Los que consideran la vida interior como si fuera ociosa es porque no conocen su valor. Ante todo tenemos que advertir que este libro no va dirigido a hombres que viven de lleno entregados a sus negocios y grandes empresas, que por estar dados a sus actividades febriles por ganar mucho dinero, la consideran ciertamente ociosa, sino que va dirigido a aquellos hombres celosos que, aunque animados de ardientes deseos de prodigarse, se hallan expuestos a descuidar los medios necesarios para que su abnegación llegue a ser fecunda en bien de las almas.

Para toda persona instruida que no se empeña en desfigurarla, esta Vida interior viene a ser un principio de abnegación y de actividad... Y aun cuando no se diera a conocer por manifestaciones exteriores, la vida de oración en sí es fuente de actividad incomparable.

Nada más falso que confundirla con una especie de oasis, donde refugiados podamos pasar tranquilamente la vida. Basta que sea el camino que conduce directamente al reino de los cielos, para que pueda aplicársele de modo muy propio y especial el texto: "*El reino de los cielos padece violencia, y los que la hacen son los que lo arrebatan*" (Mt. 11,12). Este texto según el original tiene dos sentidos, y lo tomamos aquí en el sentido de los que se violentan venciendo las pasiones, son los que logran entrar en él. (El otro sentido que tiene el texto es éste: "El reino de los cielos padece violencia, esto es, es perseguido y combatido valientemente por sus enemigos, los cuales con su violencia lo arrebatan a las almas inpidiéndoles entrar a poseerlo").

Don Sebastián Wyar que había conocido tanto las labores del asceta como las fatigas del soldado, el trabajo del estudio como los cuidados inherentes al cargo de Superior, se complacía en repetir que había tres clases de trabajo:

1º *El trabajo casi exclusivamente físico* de aquellos que ejercen una profesión manual, como el del campesino, del artífice, del soldado.

Este trabajo, dígase lo que se quiera, afirmaba él es el menos rudo de los tres.

2º. *El trabajo intelectual* del sabio y del pensador en la investigación con frecuencia tan difícil de la verdad, el de escritor y profesor que se esmeran por hacerla penetrar en los entendimientos de los demás, el del diplomático, negociante, ingeniero etc., los esfuerzos intelectuales del general en el combate para prever, dirigir y decidir.

Esta labor en sí, dice él, es más penosa que la primera, y el adagio "la hoja de la espada gasta la vaina" expresa muy bien esta prioridad.

3º. *Vengamos al trabajo de la vida interior.* De los tres trabajos, afirmaba sin rebozo, es el más graboso cuando se toma en serio. Pero también es el que procura los mayores consuelos de este mundo. Es igualmente el más importante. ¡Cuántos hay que se glorían de su intrepidez en los dos primeros géneros de trabajo que conducen a la fortuna y a brillantes éxitos, y cuando se trata de trabajar, por la virtud, de resistir a los vicios y a las pasiones, no son otra cosa que inercia, pereza y flojedad!

Hacer esfuerzos por dominarse incesantemente a sí mismo y todo lo que nos rodea con el fin de no obrar en todo más que por la gloria de Dios es el ideal del hombre decidido a adquirir la vida interior. Para poderlo realizar, se esfuerza en todas las circunstancias por permanecer unido a Jesucristo,

teniendo de este modo fijos siempre los ojos en el fin que persigue y pensándolo todo a la luz del Evangelio. "¿A dónde voy yo? ¿Y a qué? ", repite a menudo con San Ignacio.

Todo, por consiguiente, inteligencia y voluntad, del mismo modo que la memoria, sensibilidad, imaginación y sentidos, todo parte en él de un principio. ¡Pero cuánto esfuerzo y violencia ha tenido que hacer para obtener tales resultados! Ya se mortifique o se divierta es algo lícito, ora trabaje o descanse, en momentos de alegría o de tristeza, en todas las cosas y siempre se esfuerza en sostener con gran constancia la barra del timón enderezada hacia *el divino querer.*

En la oración, sobre todo delante de la Eucaristía, trata de separarse aún más completamente de todo objeto visible, con el fin de poder conversar con *Dios invisible como si lo viera* (Heb. 11,27). Y aun en medio de sus trabajos apostolicos tiende a realizar este ideal que San Pablo admira tanto en Moisés

Ni las adversidades de la vida, ni las tempestades levantadas por las pasiones, ni alguna otra cosa es capaz de desviarlo de la línea de conducta que ha impuesto. Por lo demás, si en algún momento llega a flaquear, levántase bien pronto y vuelve a emprender con mayor vigor el camino interrumpido.

¡Qué trabajo! Y se comprende muy bien que Dios recompensa ya en esta vida *con consuelos singulares* al que no se arredra ante el esfuerzo que exige semejante labor.

La vida interior no es ociosa

La vida interior exige esfuerzo y valentía para perseverar, pues al entregado de lleno a Dios tiene que hacer sacrificios continuamente. ¡Que llevan vida ociosa, concluía el referido Don Sebastián, los verdaderos religiosos, los sacerdotes interiores y celosos! ¡Qué ha de ser así! Vengan los mundanos más atareados a analizar y ver si su trabajo es comparable al nuestro.

¿Qué nos dice la experiencia sobre esto? Muchas veces se preferiría largas horas de ocupación fatigosa a media hora de oración bien hecha, a la asistencia seria a la misa, al rezo continuo de un Oficio. El P. Faber expresa su desolación al ver que para algunos no hay cuarto de hora más enojoso que el que sigue a la Comunión.

Si se trata de un corto retiro de tres días, ¡cuánta repugnancia sienten algunos! Desprenderse por tres días de una vida fácil, aunque muy atareada, y vivir entregado únicamente a lo sobrenatural; violentar el espíritu para mirarlo todo, durante este

corto tiempo, a las solas luces de la fe, y el corazón para olvidarlo todo con el fin de no aspirar a otra cosa que a Jesús y a la imitación de su vida; permanecer conferenciando a solas, examinar la conciencia con todo rigor, escudriñar las enfermedades y debilidades del alma... todo esto constituye una perspectiva que hace retroceder a multitud de personas dispuestas por otra parte a toda suerte de fatigas...

Y si en los tres días de semejante ocupación parecen tan penosos, ¿qué experimentará la naturaleza con la idea de *una vida entera* sometida *gradualmente* al régimen de una vida interior?

Verdad es que en este trabajo la gracia toma gran parte contribuyendo a hacernos el yugo suave y la carga ligera. ¡Pero cuántos son los esfuerzos que tiene que hacer también la pobre alma! Es mucho lo que le cuesta andar por el camino derecho y poner en práctica las palabras del apóstol: "*Nuestra conversación, nuestra morada está en los cielos*" (Fil. 3,20).

No hay duda que la reforma de nuestra manera de ser nos pide ciertamente vencimientos, luchar contra el orgullo, la dureza, egoísmo, falta de bondad... resistir a los incentivos del placer presente y sensible por la esperanza de una bienaventuranza espiritual... ¡cuánto cuesta esto! Y todo ello no

viene a ser sino la *parte negativa* de la vida interior. Después de esta lucha cuerpo a cuerpo que hacía gemir a San Pablo (Ved Rom. 7, 22-24), y que el P. Ravignan expresaba con estas palabras: "¿Me preguntáis lo que hice durante mi noviciado? Éramos dos, tiré al otro por la ventana y me quedé sólo; después de este combate sin treguas contra un enemigo siempre dispuesto a levantarse, hay que proteger contra las menores vicisitudes de la naturaleza un corazón, que purificado por la penitencia está ahora ardiendo en deseos de reparar los ultrajes hechos al Señor, desplegar todas sus energías para mantenerle aficionado únicamente a las bellezas invisibles de las virtudes que tiene que adquirir para imitar las de Jesucristo, esforzarse en conservar hasta en las menores particularidades de la existencia una confianza absoluta en la Providencia; ésta es la parte positiva de la vida interior. ¿Quién no ve el campo extensísimo de trabajo que se presenta?

Trabajo, íntimo, asiduo y constante. Mas precisamente por este trabajo adquiere el alma una facilidad prodigiosa y una asombrosa rapidez de ejecución para los trabajos apostólicos. Solamente la vida interior es quien posee este secreto.

Otra objeción: La vida interior es egoísta

No hablemos de los perezosos ni de los golosos espirituales que hacen consistir la vida interior en las alegrías que provienen de una agradable ociosidad, buscando mucho más las consolaciones de Dios que al Dios de las consolaciones. Estos tales no tienen sino una piedad falsa. Pero no comprende mejor lo que sea la vida interior quien la califica de egoísta, sea por ligereza, sea por convicción

La vida interior es el manantial puro y abundante de las obras más generosas de caridad para con las almas y de la caridad que acude en socorro de las necesidades de este triste mundo. Examinemos la utilidad de esta vida considerada bajo otro aspecto.

¡Egoísta y estéril la vida de María y José! ¡Qué lenguaje tan absurdo y blasfemo! Y con todo, no se le atribuye ninguna obra exterior. La sola irradiación sobre el mundo de una vida interior sumamente sumamente intensiva, los méritos de las súplicas y de los sacrificios aplicados por la extensión de los beneficios de la Redención, han sido suficientes para constituir a María Reina de los Apóstoles, y a San José Patrón de la Iglesia universal.

En unión con Jesús el alma interior oye cómo la voz de los crímenes del mundo sube hacia el cielo

pidiendo para sus autores un castigo, cuya ejecución va retardado por la omnipotencia de sus súplicas, capaz de detener la mano de Dios, dispuesta a lanzar rayos.

Los que oran, decía después de su conversión el eminente estadista, Donoso Cortés, prestan mejores servicios al mundo que los que combaten, y si el mundo va de mal en peor, es señal de que hay más batallas que oraciones. Y lo que tenemos que hacer nosotros, como dijo Juan Pablo I en su breve Pontificado de 33 días, comentando estas palabras, es procurar que haya más oraciones que batallas.

Las manos levantadas, decía Bossuet, arrollan más batallas que las que manejan las armas. Y en medio de sus desiertos, los solitarios de la Tebaida tenían sus corazones encendidos con el fuego en que ardía el de San Francisco Javier: Parecía, dice San Agustín, que habían abandonado el mundo más de lo que convenía. Pero no se considera, añade él, que sus oraciones, siendo más puras a causa de su gran alejamiento del mundo, venían a ser más influyentes y más *necesarias para* este corrompido mundo.

De ordinario una oración fervorosa, aunque corta, obtendrá antes una conversión que largas discusiones y bellos razonamientos.

Diez mil herejes, según consta por una revelación digna de crédito, fueron convertidos por una sola y fervorosísima oración de la seráfica Santa Teresa, cuya alma toda de fuego para con Cristo no podía comprender una vida contemplativa, una vida interior, que no se interesase en gran manera y no participase de la ardiente solicitud del Salvador por la conquista de las almas.

"Yo aceptaría, dice ella, el purgatorio hasta el día del juicio universal por librar a una de las que se hallan encerradas. ¿Y por qué había yo de temer la larga duración de padecimientos si con ellos consigo libertar una sola alma, y lo que sería mejor aún, muchas de ellas para la mayor gloria de Dios? Y dirigiéndose a unas religiosas les decía: "Enderezad a este fin apostólico, hijas mías, vuestras oraciones, disciplinas, ayunos y vuestros deseos".

Y efectivamente, esta es la obra de las Carmelitas, Trapenses y Clarisas... Siguen las huellas de los apóstoles, acompañándolas y sosteniéndolas con la abundancia de sus oraciones y penitencias... Esas almas silenciosas y solitarias contribuyen a la salvación de las almas y las conquistas de la Iglesia.

Un obispo de Conchinchina tenía tal convicción en el valor de la oración que decía al goberna-

dor de Saigón: "Mayor socorro me prestarán diez carmelitas rogando que veinte misioneros predicando".

¡Egoísta y estéril la vida vg. de un párroco de Ars! Semejante afirmación no merecía otra respuesta que el silencio. Todo espíritu recto atribuye precisamente a la perfección de su intimidad con Dios el celo y los éxitos de este sacerdote de escasos talentos, pero que, siendo tan contemplativo como un cartujo, experimentaba una sed de almas que sus progresos en la vida interior la había hecho inextinguible, y recibía de nuestro Señor, en cuya unión vivía, como una participación del poder divino para efectuar las conversiones.

¡Infecunda su vida íntima! Pero supongamos que existe un santo cura de Ars en cada una de las diócesis de la Cristiandad. Antes de diez años, Francia, España y cualquier otra nación serían regeneradas y conquistadas plenamente para Cristo.

¿Por qué nuestra espiritualidad ha llegado a ser limitada, seca, superficial, exterior o meramente sentimental, y ya no tiene esa penetración atrayente que comunica la liturgia, que es la gran fuerza de la vitalidad cristiana? No lo dudemos, nos falta la verdadera vida interior.

San Alfonso María de Ligorio, con estas suss siguientes palabras nos da a conocer suficientemente a "*qué causa*" deben atribuirse las responsabilidades de nuestra situación actual:

"Las buenas costumbres y la salvación de los pueblos dependen de los buenos pastores. Si al frente de una parroquia hay un buen cura, bien pronto se verá florecer en ella la devoción, los Sacramentos frecuentados y en grande honor la oración mental. De donde viene el proverbio: "Cual sea el pastor, tal la parroquia", en conformidad con aquello del Eclesiástico: "*Cual es el gobernador de la ciudad, tales son los habitantes*" (10,2).

Objeción sacada de la importancia de la salvación de las almas

Pero, dirá alguno que sea amante de las ocupaciones exteriores, alegando pretextos y razones contra la vida interior: ¿Cómo podré yo tener la osadía de desminuir o limitar mis obras de celo? ¿Podré yo jamás exagerar mis trabajos, sobre todo cuando se trata de la salvación de las almas? ¿Mi actividad no lo reemplaza todo y de un modo ventajosísimo yendo acompañada del sublime ejercicio de la abnegación? Quien trabaja, ora. El sacrificio suple. la oración. ¿Y San Gregorio no llama al celo

de las almas el sacrificio más agradable que se pueda ofrecer al Señor?

Comenzamos por precisar el verdadero sentido de esta expresión de San Gregorio, valiéndonos de las palabras del doctor Angélico: Ofrecer espiritualmente a Dios un sacrificio, dice él, es ofrecerle alguna cosa que lo glorifique. Ahora bien, de todos los bienes que puede el hombre ofrecer al Señor, el más agradable sin duda alguna es la salvación de las almas. Pero cada uno *debe comenzar por ofrecer su propia alma,* según aquello de la Escritura: "*Si queréis agradar a Dios, tened piedad de vuestra alma"*... y concluye Santo Tomás: Cuando San Gregorio afirma que el sacrificio más agradable a Dios es la salvación de las almas, *no pretende dar a la vida activa la preferencia sobre la contemplativa,* mas lo que quiere decir es que el ofrecer a Dios una sola alma, es para Él infinitamente más glorioso y para nosotros más meritorio que el prestarle todo lo más precioso que existe sobre la tierra" (2.2,q. 182.a.2).

La necesidad de la vida interior no debe alejar mucho de las obras de celo a las almas generosas, si la volundad claramente conocida de Dios les impone el deber de encargarse de ellas; huir de esa labor o no aplicarse a ella, sino con negligencia o

desatar del campo de batalla con el pretexto de cuidar mejor sus propias almas y de llegar más pronto a la íntima unión con Dios, sería una pura ilusión y en ciertos casos origen de verdaderos peligros: "*Desventurado de mí,* dice San Pablo, *si no anunciare el Evangelio*" (1Cor. 9,16).

Pero hecha esta excepción, me apresuro a decir que el dedicarse a la salvación de las almas, olvidándose de la propia, causa una ilusión aún más grave. Dios quiere que amemos al prójimo como a nosotros mismos, pero *jamás que lo amemos más a que a nosotros mismos,* es decir, jamás hasta el extremo de perjudicarnos personalmente; lo cual prácticamente equivale a tener más cuidado de nuestra alma que de la del prójimo, puestro que nuestro celo debe ir regulado por la caridad, según lo dice aquel adagio teológico: "La caridad empieza por sí mismo".

"Yo amo a Jesucristo, decía San Alfonso de Ligorio, y esta es la razón por la que ardo en deseo de darle almas, *primero la mía,* y después un crecido número de otras", lo que viene a ser aquella sentencia de San Bernardo puesta en práctica: "No es prudente el hombre que primero no lo sea para sí".

"Yo no os digo, escribe el mismo santo al Papa Eugenio III, que os sustraigáis completamen-

te a ocupaciones del mundo. Os exhorto que no os dejéis absorber enteramente por ellas... Si sois persona que os debéis a todo el mundo, sedlo también de Vos mismo. De otra suerte, ¿de qué os servirá el ganar a todos los demás, si vinierais a perderos a Vos mismos? Reservad también algo para Vos, y si todo el mundo viene a beber de vuestra fuente, bebed igualmente Vos de ella. ¿Solamente seríais Vos el que quedaseis descuidado o desatendido? Comenzad siempre por consideraros a Vos mismos. *Es inútil que os apliquéis* a otros cuidados, si os descuidáis a Vos mismo. Por consiguiente, todas vuestras reflexiones han de comenzar por Vos y terminar igualmente por Vos. Sed para Vos el primero y el último, y tened presente que en el negocio de vuestra salvación nadie os es tan prójimo como el hijo único de vuestra madre" (1, II de Consid. c. III).

No deja de ser muy insinuante la siguiente nota íntima de Mons. Dupanloup: "Estoy desplegando mi actividad en términos tales, que arruina mi salud, perturba mi piedad y no presta ayuda alguna a mi ciencia. Esto hay que ponerlo en orden. Dios me ha hecho la gracia de reconocer que lo que se opone a un modo muy especial en mí a la organización de la vida interior, pacífica y fructuosa, es

la adtividad natural y la pasión por las ocupaciones. He reconocido además que esta *falta de vida interior* es el origen de todos mis defectos, de mis turbaciones, sequedades, disgustos y de mi mala salud.

He resuelto, por conssiguiente, dirigir todos mis esfuerzos a la adquisición de esta vida interior que me falta, y para ello tomaré algo más del tiempo preciso para hacer cada cosa, por ser un excelente medio para evitar la precipitación, y como siempre tengo más cosas que hacer que tiempo para hacerlas, y esto me preocupa y me arrastra, no considerar ya más las cosas que tengo que hacer, sino que me fijaré en el tiempo que en ello he de emplear..."

Unión de la vida activa y de la vida interior. Superioridad de ésta sobre la activa

En Dios está la Vida, toda la Vida. Él es la Vida misma... Consideremos la vida mortal de nuestro Señor, perfecta realización del plan divino. Treinta años de recogimiento y de soledad; después cuarenta días de retiro y de penitencia antes de empezar su carrera evangélica, y aún durante sus excursiones apostólicas, ¡cuántas veces no vemos que se retire a las montañas o al desierto para

entregarse a la oración: *"Se retiraba al desierto a orar"* (Lc. 5,16) o *"a pasar la noche en oración" (Lc. 6,12).*

Después del divino Maestro, los apóstoles, fieles en seguir sus ejemplos, se reservarán desde el principio el ejercicio de la oración, y luego para aplicarse al ministerio de la palabra, encargarán a los diáconos de las ocupaciones exteriores. *"Y nosotros nos aplicaremos esteramente a la oración y al ministerio de la palabra"* (Hech. 6,4).

Los Papas igualmente, los santos doctores y los teólogos, afirman que la vida interior en sí es superior a la activa.

San Pío X en una carta que dirigió a un gran Instituto exclusivamente dedicado a la enseñanza, descubría claramente su pensamiento con las siguientes palabras:

"Hemos sabido que va tomando algo de fuerza una opinión, según la cual, debéis poner vosotros en el primer término la educación de los niños, relegando a segundo lugar la profesión religiosa... *Nos oponemos absolutamente* a que esta opinión encuentre la menor acogida entre vosotros y en otros Institutos religiosos que, como el vuestro, tinen por objeto la educación. Convenceos, pues, bien, en lo que a vosotros atañe, que la vida religio-

sa aventaja en mucho a la vida común, y si son graves las obligaciones que os impone para con vuestro prójimo el deber de la enseñanza, mucho más graves son las obligaciones con que os habéis ligado para con Dios". Pero la esencia de la vida religiosa y su fin principal, ¿qué otra cosa vienen a ser sino la adquisición de la vida interior?

Dejar provisionalmente el habito religioso por continuar una obra no es lo que condena San Pío X, con tal que existan los medios de guardar en todo el espíritu religioso.

Vida contemplativa, dice el Doctor Angélico, es mejor que la activa y es preferible a ella.

San Buenaventura acumula los comparativos de superioridad para mostrar la excelencia de esta vida interior: "Vida más sublime, más segura, más rica, más suave y más estable".

Y para resumir las excelencias de la vida interior, cuadran muy bien las siguientes palabras de San Bernardo: "En ella vive el hombre con mayor pureza, cae menos veces, se levanta con mayor presteza, camina con mayor seguridad, recibe mayor abundancia de gracias, descansa con mayor tranquilidad, muere más confiado, es más prontamente purificado y obtiene una recompensa mucho mayor" (Homil. Sile est. hom.neg.).

Las obras de celo no deben ser otra cosa que el desbordamiento exuberante de la vida interior

"Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt. 5.48). Guardadas las debidas proporciones el modo de obrar divino debe ser el criterio y la regla de nuestra vida interior y exterior. Mas ya sabemos y nos consta por la experiencia, que es propio de la naturaleza divina el dar... y Dios no se empobrece jamás y su insondable munificencia no puede menguar, aún en lo más mínimo, sus recursos infinitos. ¿Y qué hace con nosotros? Por los sacramentos, y especialmente por la Eucaristía, Jesucristo nos enriquece con sus gracias. Las derrama sobre nosotros sin medida, porque es un Océano insondable, cuyas avenidas caen sobre nosotros sin que jamás se pueda agotar. "*Nosotros todos hemos recibido de su plenitud"* (Jn. 1,16).
Algo parecido debemos también ser nosotros, hombres apostólicos que desempeñamos el nobilísimo oficio de santificar a otros... El alma del apóstol debe estar primeramente inundada e inflamada por el amor, a fin de que pueda luego encender las almas de los demás.

"Las palabras que salen de un corazón frío (no caldeado en la oración) no podrán inflamar en deseos celestiales a los que las oyen" (S. Greg. M.).

Hay una frase (creo es atribuida a S. Jerónimo) que dice: "Más valen unas palabras de un sacerdote caldeado en la oración que cien sermones de un teólogo vano y disipado".

A este propósito podemos recordar unas palabras del célebre orador romano, Cicerón: "Nunca el oyente se inflama si la palabra no sale inflamada del pecho del orador, y en el mismo vibrar de la voz se conoce y se siente si es fuego verdadero o fatuo el que menea los labios".

En vista de lo dicho, podemos establecer como principio lo que sigue: "La vida activa debe proceder de la contemplativa, manifestar y continuar a ésta en lo exterior, pero separándose de ella lo menos posible".

Los Padres y Doctores proclaman a porfía esta doctrina. Y así se expresa San Agustín: "Antes de permitir a la lengua que hable, el apóstol debe elevar a Dios su alma sedienta, con el fin de exhalar lo que hubiere debido y esparcir aquello de que le hubieren llenado" (Doc. Chris. 1,4). El que tenga la misión de distribuir las cosas divinas, primeramente debe participar de ellas, llenándose antes con toda abundancia de las gracias que Dios quiere otorgar a las almas por su mediación.

Conocidas son las siguientes palabras de San

Bernardo: "Si sois sabios, procurad ser más bien depósitos que canales"... ¡Cuántos hay que, dedicados a las obras de celo, no son otra cosa que canales, quedándose ellos enjutos precisamente cuando están realizando grandes esfuerzos para fecundar los corazones ajenos!

La Base, el Fin y los Medios de una obra de celo deben ir impregnados de Vida interior

Obra de celo, se entiende que sea digna de este nombre. Porque cierta clase de, empresas de nuestros días no merecen seguramente tal denominación, pues organizadas bajo las apariencias de la piedad, van motivadas por el fin real de procurar a sus fundadores, además de los aplausos del público, un renombre de habilidad poco común, y por cuyo feliz éxito se emplearán, si es preciso, toda suerte de medios, aun los menos justificables.

Un joven presbítero intentó organizar un círculo de estudios, y se propuso instruirles debidamente; unos eran músicos, otros futbolistas, amantes de diversos juegos, y llegó a decir: "Charanga, teatro, proyecciones, gimnasia, juegos, etc. yo nada de esto condeno. Al principio los creía yo también indispensables; y sin embargo no son más que *muletas de viejos* que se emplean a falta de otra

cosa mejor. Pero cuanto más avanzo, tanto más se van sobrenaturalizando mi fin y mis medios, pues voy viendo cada vez con más claridad que toda obra de celo cimentada sobre lo humano, está destinada a perecer, y que solamente la que tiende a procurar la unión de los hombres con Dios por la vida interior, es bendecida por la Providencia".

"*Duc in altum: Entrad más adentro* (Lc. 5,4). Tened desde un principio la noble ambición de conseguir a toda costa el que cierto número de ellos tomen la resolución enérgica de vivir como cristianos fervorosos, es decir, practicando la oración de la mañana, oyendo diariamente misa, si se puede, haciendo una lectura especial, vg. del Evangelio, aunque fuera corta, y recibiendo con frecuencia y con fruto la Santa Comunión. Emplead toda vuestra solicitud en comunicar a esa gente escogida el amor a Jesucristo, el espíritu de oración, de abnegación, de vigilancia sobre sí mismo, en una palabra toda suerte de sólidas virtudes.

Desarrollad con no menor esmero en sus almas el hambre de la Eucaristía. Después inducid poco a poco a estos jóvenes a ejercer su influencia sobre sus compañeros.

Convertidlos en apóstoles francos, generosos, ardientes, varoniles, sin escrúpulos en el

espírito, llenos de prudencia en el alma, y poco inclinados a incurrir bajo ningún pretexto de celo en la extravagancia de expiar a sus camaradas.

Un grupo de jóvenes bien formados pueden ser levadura para la renovación de un pueblo o de una ciudad. Nuestra sociedad actual para poderla ir reformando está necesitada de estos jóvenes, jóvenes bien formados en virtud y que sin respeto humano sepan infiltrarse entre otros jóvenes blasfemos, mal hablados y con palabras llenas de caridad y de amor hacia ellos advertirles con palabras suaves el mal ejemplo que están dando para que se corrijan... y tú, que lees esto, si eres joven virtuoso y ejemplar que sabes cumplir bien con tu deber, puedes hacer mucho bien, ya en la oficina, en el taller o donde trabajes. ¡Cuánto bien puede hacer un joven en el ambiente en que se mueve si lleva una vida cristiana, fervorosa, integral y apostólica! A este fin todo apostolado del bien debe ir apoyado en lo sobrenatural, o sea, en una vida interior, bien llevada.

La vida interior y la vida activa se atraen mutuamente. Excelencia de esta unión

Así como el amor de Dios se da a conocer por los actos de la vida interior, del mismo modo el amor del prójimo se manifiesta por las operaciones de la vida exterior. Y por consiguiente, siendo inseparables estos dos amores, resulta que tampoco podrán subsistir una sin otra estas dos formas de vida.

El sabio jesuita P. Suárez comentando a Santo Tomás, dice: No puede haber estado de vida correcta y normalmente establecido para llegar a la perfección, que no participe en una determinada medida de la acción y contemplación.

Los que son llamados a las obras de la vida activa, dice el Doctor Angélico, harían mal en creer que este deber les dispensa de la vida contemplativa . Este deber *viene a añadirse a aquella y no disminuye su necesidad.* De este modo las dos vidas, lejos de excluirse, se llaman, se suponen, se confunden y se completan, y en el trabajo que hacen, no cabe duda que la parte más considerable compete a la vida contemplativa que es la más perfecta y la más necesaria. (2a 2, q. 182, I,1 c.5, y I,3).

La acción para ser fecunda, tiene que ir ayudada de la contemplación. El P. Sainte-Jure comentando el siguiente texto de la Escritura:

"*Ponedme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo*" (Cant. 8,6), describe admirablemente las relaciones que existen entre ambas vidas. Vamos a resumir sus reflexiones:

El corazón significa la vida interior y contemplativa. El brazo, la vida exterior y activa. El sagrado texto nombra el corazón y el brazo para demostrar que las dos vidas pueden hermanarse muy bien en la misma persona. Se nombra primeramente el corazón por ser un órgano mucho más noble y necesario que el brazo. Del mismo modo, la contemplación es mucho más excelente y perfecta y más digna de estima que la acción.

Noche y día late el corazón. Una parada instantánea de este órgano esencial produciría la muerte. El brazo, que sólo es parte integrante del cuerpo humano, no se mueve sino de vez en cuando. Así debemos dar a veces alguna tregua a nuestros trabajos exteriores, y por el contrario jamás debemos interrumpir nuestra aplicación a las cosas espirituales.

El corazón da la vida y la fuerza al brazo por medio de la sangre que le comunica, sin lo cual se secaría este miembro. Así también la vida contemplativa, vida de unión con Dios, gracias a las luces y a la continua asistencia que el alma recibe de esta intimi-

dad, da vida a las ocupaciones exteriores y es la única capaz de comunicarles, al propio tiempo que un carácter sobrenatural, una utilidad real. Sin ella todo languidece, todo queda estéril y lleno de imperfecciones.

El resorte íntimo que empuja al alma a la acción no es otra cosa que el desbordamiento de su caridad. Por lo tanto, no se trata de la agitación, ni del capricho, ni de la necesidad de salir de sí. Se trata sólo de una parte del tiempo reservada a la oración, que es la que mueve y empuja a sembrar el bien por todas partes.

La unión de las dos vidas, contemplativa y activa, constituye el verdadero apostolado, obra principal del cristianismo como dice Santo Tomás (3a p. q.67,a 2).

El apostolado supone almas capaces de apasionarse con entusiasmo por una idea y consagrarse al triunfo de un principio. Y si trabajamos para que la realización de este ideal sea sobrenaturalizado por el espíritu interior, y para que nuestro celo en su fin, origen y medios vaya animado por el espiritu de Jesucristo, entonces tendremos *una vida en sí más perfecta, es la vida por excelencia,* puesto que por los teólogos es preferida a la simple contemplación.

El apostolado del hombre de oración es la palabra diseminada por mandato de Dios, el celo de

las almas, el provecho de los oyentes. Es el vapor de la fe, como dice San Ambrosio. El apostolado del santo es la siembra del inmenso campo del mundo... La contemplación no debe quedar sofocada por la acción.

El Rdo. P. Mateo Clawley, el apóstol de la entronización del Sagrado Corazón dice: "El apóstol es un cáliz lleno hasta los bordes de la vida de Jesucristo, y que a medida que rebosa se va derramando sobre las almas". Esta mezcla de la acción con toda generosidad y de la contemplación con sus sublimes elevaciones, es la que ha producido los más grandes santos: San Dionisio, San Martín, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Francisco Javier, San Felipe Neri, San Alfonso, San Ignacio, todos ellos tan ardientes contemplativos como poderosos apóstoles.

La vida activa peligra sin la vida interior

Nuestro Señor exige formalmente de aquellas criaturas que Él asocia a su apostolado, que no solamente se *conserven* en la virtud, sino que también progresen en ella. Entre otros muchos textos que lo comprueban, los tenemos en las Epístolas pastorales de san Pablo a Tito y Timoteo, y en las reconvenciones que en el Apocalipsis van dirigidas a los Obispos de Asia.

Por otra parte, según advertimos anterior-

mente, las obras apostólicas son amadas del Señor; el Señor las quiere. Por consiguiente, ver en las obras, consideradas en sí mismas, un obstáculo a la santificación, y afirmar que aunque ordenadas *por la voluntad divina,* contribuirán a aflojar nuestra marcha hacia la perfección, no dejará de ser una injuria y una blasfemia proferida contra la Sabiduría, Bondad, y providencia divinas.

El que se entrega a las obras de caridad, dice el P. Álvarez de Paz, jesuita, no debe pensar en que ellas le cerrarán las puertas de la contemplación, y le harán menos capaz de dedicarse a ella. Debe, por lo contrario, tener por seguro que ellas le dispondrán admirablemente para ese ejercicio. No solamente la razón y la autoridad de los padres nos enseñan esta verdad, sino también la misma experiencia cotidiana, y realmente vemos que ciertas almas que se entregan a obras de caridad para con el prójimo, como confesiones, predicación, catequesis, visita de los enfermos, etc., son elevadas por Dios a tal alto grado de contemplación que con toda razón pueden ser comparadas con los antiguos anacoretas.

Los sacrificios practicados en pro de las obras, de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, que de dichas obras se siguen, comunican tan gran valor sobrenatural y tal abundancia de

méritos, que el hombre aplicado a la vida activa, si él lo quiere, puede cada día adquirir nuevos grados de caridad y unión con Dios, o sea, de santidad.

Verdad es que en ciertos casos, en que existe peligro grave y próximo de pecado formal, sobre todo contra la fe y la virtud angelical *Dios quiere* que se dejen las obras. Mas hecha esta excepción, también es verdad que proporciona por medio de la vida interior a sus obreros medio de santificarse y de progresar en la virtud.

Nuestra unión con Dios, dice San Juan de la Cruz, reside en la unión de nuestra voluntad con la suya y se mide únicamente según ella. El amor se prueba con las obras de abnegación, y Dios exige a sus obreros esta prueba de generosidad.

Y si nuestro Señor considera y acepta como hechas a su propia persona las obras de misericordia, aun las corporales, señal es de que Él descubre en cada una de ellas una irradiación de esta misma Caridad: *"Lo que hacéis a uno de estos mis hermanos menores, a Mí me lo hacéis"* (Mt. 25,40). Esta caridad anima al misionero o sostiene al anacoreta en medio de las privaciones, de los combates y las oraciones del desierto.

La vida activa se ocupa en obras de abnegación. Ella camina por los senderos del sacrificio en el seguimiento de Jesús, obrero y pastor, misionero, taumatur-

go, enfermo y médico universal, proveedor tierno e infatigable de todos los necesitados de este pobre mundo.

Peligros para la salvación

La vida activa puede contribuir al mejoramiento de la humanidad; pero hay que estar prevenidos, porque a veces las obras de celo que debían ser para sus organizadores *medios de progreso,* vienen a ser *instrumentos de ruina* del edificio espiritual.

Un obrero evangélico invitado en los comienzos de un retiro a escudriñar y a buscar la *causa* dominante de su desgraciado estado, juzgaba y discurría con gran acierto a dar la siguiente respuesta, al parecer incomprensible: "El entregamiento total a la vida activa me ha perdido. Mis disposiciones y dotes naturales me hacían experimentar singular alegría en sacrificarme, y una grande dicha, en prestar servicios. Aprovechándose de los resultados aparentemente lisonjeros que tenían las empresas, Satanás supo ingerirse en la obra durante largos años, para ilusionarme, cegarme y excitarme hasta el delirio para todo lo que fuera desemvolvimiento de vida exterior, quitarme el gusto por

todo trabajo de vida interior y precipitarme por fin en el abismo".

Este estado anormal, por no decir monstruoso del alma, puede explicarse con muy pocas palabras. El obrero de Dios, en medio de la satisfacción que experimentaba, dando curso a su actividad natural, había *dejado evaporarse la vida divina,* ese calórico divino que, concentrado en él, hacía fecundo su apostolado, y protegía su alma contra el frío glacial del naturalismo. Trabajó mucho, pero lejos del Sol vivificante.

Al mismo tiempo que se ejercitaba en las buenas obras, éstas, aunque santas en sí mismas, se volvían contra el apóstol como un arma peligrosa de manejar, espada de dos filos, que hiere a quien no sabe servirse bien de ella.

Contra semejante peligro trataba de prevenir al Papa Eugenio III, el glorioso San Bernardo cuando le escribía: "Temo que en medio de vuestras ocupaciones, que son numerosísimas, desesperanzado de dar cima a todas ellas, venga a endurecer vuestra alma.

Obraríais con mayor prudencia tratando de sustraeros *a esas ocupaciones,* aunque fuese por poco tiempo, que permitiendo que ellas os dominen y paulatinamente os lleven a donde no querríais seguramente llegar. ¿Adónde pues? diréis. *Al endurecimien-*

to del corazón. He ahí donde os podrían conducir esas *ocupaciones malditas. Hae occupationes maledictae*, si como comenzasteis desde el principio continuáis enteramente aplicado a ellas, no reservando nada de Vos para Vos mismo.

¿Qué cosa más augusta ni más santa que el gobierno de la Iglesia? ¿Hay cosa más útil y provechosa para la gloria de Dios y el bien de las almas? Y sin embargo, ocupaciones malditas las llama San Bernardo, si ellas han de contribuir a impedir el interior del que las ejerce.

Del hombre de obras de celo sin vida interior

Una sola palabra basta para caracterizarle... Es posible que no haya caído en la tibieza, pero fatalmente caerá en ella. Ahora bien, ser tibio y con una tibieza, no de fragilidad, sino de *voluntad*, equivale a hacer un pacto con la *disipación* y con la negligencia habitualmente consentidas o no combatidas, un pacto con el pecado venial deliberado, con lo cual se pone en gran peligro la seguridad de la salvación del alma disponiéndola para el pecado mortal. Tal es la doctrina de San Alfonso sobre la tibieza.

¿Y cómo el hombre de obras sin vida interior vendrá a caer en la tibieza? Necesariamente, res-

pondemos; y para prueba nos bastan las palabras que un Obispo misionero dirigía a sus sacerdotes, palabras tanto más terribles en verdad, cuanto que emanan de un corazón devorado por el celo de las obras de un espíritu cuyas tendencias iban directamente en contra de todo lo que olía a quietismo: Hay que persuadirse bien de esto, decía el Cardenal Lavigerie, y es que para un apóstol no hay medio entre la santidad, al menos deseada y perseguida con fidelidad y constancia, y la perversión absoluta".

N... siente brotar en sí deseos de consagrarse a las obras. Es un joven que carece de experiencia. Su inclinación al apostolado le comunica mucho ardor, mucho fuego y se halla dispuesto a trabajar y a combatir. Él es correcto en su conducta, es piadoso y devoto, pero piadoso más de sentimiento que de voluntad y con una devoción más bien rutinaria. Su oración, si es que la hace, viene a ser más que real, quimérica... Hasta es posible que el mismo Satanás le engaña con ciertos gustos que toma por efectos sorprendentes de la vida interior...

He aquí, pues, a nuestro apóstol que, lleno de deseos de trabajar en las obras apostólicas, va a entregarse con gran celo a ese ministerio, que hasta hoy le fue desconocido.

Bien pronto, en virtud aun de las mismas cir-

cunstancias, (toda persona habituada a las obras de celo es de suponer que nos comprenderá), bien pronto, digo, se le presentan mil circunstancias que le llevan más y más a vivir vida exterior, mil incentivos para su candorosa curiosidad, mil ocasiones de caídas, de la que hasta entonces, según es de creer, se había visto protegido por la atmósfera tranquila del hogar doméstico, del Seminario, de la comunidad...

No sólo se verá asaltado por una disipación cada vez mayor, o curiosidad de conocerlo todo, por las impaciencias o susceptibilidades, por la vanidad o la envidia, por presunción o el abatimiento..., presentará un combate sin tregua a esa alma mal preparada para tan rudos y continuos combates. Por tanto, no serán pocas las heridas que reciba.

Cuando esa alma no cuenta más que con una piedad superficial, y sobrevienen las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne, llega el día en que comienza a entrever el peligro...

Habrá que comenzar de nuevo, examinarse bien en un retiro espiritual, dejar tales ocupaciones..., pero retrasa el hacer ejercicios espirituales, y se dice: Mañana, mañana. Hoy es imposible; me falta tiempo, porque yo debo continuar esta serie de

sermones, escribir tal artículo, hacer tal viaje..., va acumulando pretextos, y mientras el diablo va trabajando a su gusto en la labor de arruinar por completo ese pobre corazón...

Y he aquí que este hombre, hasta hace poco lleno de hábitos buenos y santas costumbres, por debilidad, por no haber roto con todo y haberse dispuesto a hacer ejercicios espirituales, y por ese camino no pudo evitar la caída... y luego las caídas se van acumulando por desgracia.

Confiesa y proclama con ingenuidad que hay que saber acomodarse a las circunstancias y exigencias de los tiempos... Sigue su vida de actividades y todo son exterioridades y sin fruto.

¿Cómo es que este alma ha venido a caer en un estado tan lamentable? *Inexperiencia, presunción, vanidad, imprevisión, flojedad...* y así quedaron agotadas sus provisiones de vida interior...

Primero fue perdiendo su alma progresivamente (si es que las tuvo) la pureza y la fuerza *de las convicciones* sobre la vida sobrenatural, luego se hizo esclavo del deber que tenía que hacer... y se dio cuenta que, fuera de esto, no hay más que el naturalismo, es decir, la vida cómoda, y caprichosa, desde la mañana hasta la noche... y cuando el varón apostólico carece de base sobrenatural no podrá

lograr para él y para las almas que le rodean vida sobrenatural. Si por darse a las obras de celo, va abandonando la oración, el oficio divino, los actos del ministrio, la consecuencia será ésta: "Abandonar la oración en la vida activa equivale a arrojar las armas ante el enemigo". "A menos de un milagro, dice San Alfonso María de Ligorio, sin oración se viene a caer en pecado mortal". Y San Vicente de Paul dice: Un hombre sin oración no es capaz de nada, ni aun de renunciarse en la más mínima cosa, es la vida animal en toda la extensión de la palabra".

Algunos autores citan las siguientes palabras de Santa Teresa de Jesús: "Sin oración pronto se llega a ser un bruto o un demonio. Si no hacéis oración, no tenéis necesidad de ningún demonio que os arroje al infierno, vosotros mismos os lanzaréis directamente en él. Por el contrario, dadme el más grande pecador, pero que se aplica a hacer un cuarto de hora de oración por día yo os aseguro que se convertirá; y si persevera, alcanzará su salvación".

Estad preparados...

Notemos que no nos dice el Señor que nos preparemos, sino que estemos preparados, porque en la hora que menos pensemos, Dios nos llamará

a dar cuenta de los actos de nuestra vida. ¿Vivimos en gracia y unidos a Cristo como los sarmientos a la vid? Si así es, debemos de vivir siempre alegres y sembrar el bien con alegría. Y como la alegría nace de corazones limpios de todo pecado, vivamos bajo la mirada de Dios, porque como dice Santo Tomás: "Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos".

Viviendo vida interior, nuestro apostolado será siempre más fructífero. Creo que se atribuyen a San Jerónimo las siguientes palabras, y debemos tenerlas en cuenta: "Más valen las palabras de un corazón caldeado en la oración que cien sermones de un predicador vano y disipado".

El sabio jesuita P. Lallemant, señala el origen y la causa inicial de tantas caídas y catástrofes, cuando dice: "Muchos de los hombres apostólicos no hacen nada puramente por Dios. Se buscan a sí mismos en todo y mezclan secretamente su propio interés con la gloria de Dios aun en las mejores de sus empresas. Así pasan su vida en esta mezcolanza de la naturaleza y de la gracia. Viene por fin la muerte, y solamente entonces es cuando abren los ojos, ven su ilusión y tiemblan al advertir que se aproxima el espantoso tribunal de Dios"(Doct. espirit.).

Ciertamente, no abrigamos el pensamiento